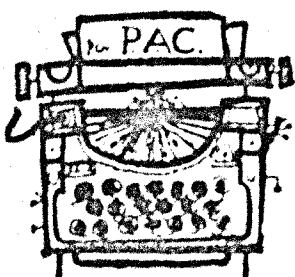


escrito a máquina



a un poeta

marxista

al Este del
Paraíso

Dos personas en el mismo paisaje, dos bajo la misma luna en la playa del puerto. La una está citada allí para el amor; su corazón atiende a una cita. La otra llega al mismo sitio a recordar a su amada que pereció en esas aguas. Con el mismo paisaje el uno enmarcará para siempre su idea de Paraíso. El otro una noche de horror.

“Lo que se llama en realidad “mundo” — dice el filósofo— es algo que se forma constantemente por el encuentro del hombre con lo dado”.

Para el cristiano el Paraíso terrenal no fue propiamente otra cosa que este mismo mundo, pero quien lo vivía era el hombre sin pecado. Era el hombre tal como salió de la mano de Dios: “lleno de vida, fuerte, claro y santo —como certeramente lo describe Guardini—. En su corazón ninguna mentira, ninguna codicia, ni rebeldía, ni violencia. Entre la naturaleza y ese hombre: la pura armonía. ¿Qué podía ser (y sobra preguntarlo) el “mundo” para ese hombre? . . . El Paraíso!

Paraíso en griego significa “jardín”. Naturaleza ordenada. El hombre trata —desde mucho antes de los griegos— de encontrar ese orden, esa armonía de la naturaleza, y la peina, la ordena, la compone en estrofas a veces maravillosas como Versalles y logra nostálgicamente cierta belleza; pero aquel “jardín” por antonomasia, el Paraíso, se le escapa! Es que no está fuera, sino dentro del hombre su armonía!

Hay una edad en que el hombre posee —por la inocencia— algo como una herencia momentánea y fugaz de aquella armonía lustral y primera: es la niñez. Algún momento de la niñez.

La visión del mundo por el niño es paradisiaca. Por eso la poesía —que no es otra cosa que el anhelo del hombre de restablecer y reconquistar la lengua original del Paraíso— recibe casi toda su carga de inspiración de lo que el poeta vivió en su niñez. Ya lo proclamaba Rilke: los recuerdos de la infancia son la fuente viva de la poesía humana. La poesía es, como la frase titular de Proust: “la recherche du temps perdu”, la búsqueda del tiempo perdido, la nostalgia de los orígenes. Lo maravilloso del “mundo” sólo lo ven los ojos intactos y casi adánicos del niño y es ese momento paradisiaco el que todo hombre (porque en todo hombre hay un poeta) quiere inútilmente recuperar.

Homero nos llega tan hondo (y para siempre) en su “Odisea” porque el retorno de Ulises está cantado con esa nostalgia inapagablemente humana. Lo que Homero canta es la añoranza, el deseo doloroso de retorno después de las vicisitudes de un viaje (el viaje de la vida) que no conduce a ninguna parte. La brújula del corazón se vuelve hacia ese “mundo” que “vio” el niño con ojos distintos a los del hombre. Así nació el mito de la Edad de Oro y el “todo tiempo pasado fue mejor” Que es cierto, porque cada tiempo es mirado por ojos de niños que luego lo recuerdan con añoranza como su “Paraíso Perdido” . . . Mi tiempo paradisiaco fue quizás un tiempo doloroso para mi padre. Y el de mi hijo ¿qué relación guardará con lo que yo viví? . . . Cada hombre es una Biblia, con su génesis, su edén, su éxodo, sus profecías, su crucifixión y su apocalipsis.

Pero no nos salgamos del Paraíso. La gran fuerza atractiva del marxismo —que en todo su impulso inicial no es más que una herejía bíblica-cristiana redactada por un judío— es haber recuperado esa concepción cristiana, pero dormida del Paraíso, no como lugar (no el imposible jardín) sino como condición humana. Es decir, como algo que se puede restablecer si se transforma la índole del hombre. Si se suprimen las clases y se termina con la propiedad —cree Marx— el Paraíso se restablece. El viejo y barbudo judío no olvida el Génesis, pero pretende volver al Edén por la inocencia económica.

Mejor dicho: no pretende volver, sino que imprime en su compacta doctrina sobre la historia, una dirección distinta al mito paradisiaco de la Edad de Oro. El paraíso marxista ya no está atrás sino adelante. En el futuro.

Lo interesante es que, al cambiar la dirección del camino del Paraíso, vuelve a encontrarse con el cristianismo. En realidad, las raíces de ese movimiento futurista de Marx están en su sangre judía. Allí beben su savia: del clamor de Israel empujado por la gran esperanza mesiánica hacia el futuro.

Pero también el Cristianismo ha sido guiado, a través de milenios, por esa misma esperanza. Todo cristiano es un judío antiguo que baja de Abrahán. Y nuestro camino también se abrió en la Biblia.

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

La Biblia registra, en su más pura nostalgia poética el pasado de la humanidad (¿qué poema más bello del perdido Paraíso que el que nos guarda el Génesis?) pero no se estanca en la añoranza del pasado perdido, sino que SUPERA SU POESIA viendo en el Paraíso una prefiguración de una obra más admirable que Dios cumplirá en el futuro. "El hombre de la Biblia —ha escrito Jean-Hering— no es la princesa condenada al exilio que suspira por el retorno; es Abraham que emprende el camino hacia un país desconocido que Dios le mostrará. ¡La esperanza profética sobrepasa la nostalgia poética!

Parecería, pues, que el Cristianismo y el Comunismo parten juntos (no así otras religiones, ni otras filosofías, ni otras culturas que miran, como la mujer de Lot, hacia atrás) en busca del Paraíso. Pero es un error óptico. En el cristianismo la esperanza profética sobrepasa, pero no elimina, la nostalgia poética. En su equilibrado humanismo, el cristiano abre el porvenir, pero también asume y redime el pasado. En cambio, el Marxismo elimina el pasado. El pasado es contrarrevolucionario. Por eso el Comunismo —de hecho— se ve obligado a matar su añoranza y va secando su poesía. El hombre de hoy no es el hombre del Comunismo sino el hombre del futuro, pero con ello sacrifica lo viviente por lo utópico. ¡Qué tremenda realización de esta idea —del dios futuro, devorando lo presente— es el poema de Vladimiro Maiaovski titulado "El Hombre". El inquieto poeta comunista vive los siglos, se adelanta, va, no tiene atrás nada más que olvido. Todo está adelante para el hombre. Y él se ve ir. ¿A dónde?

... "La cuerda ajusta su nudo en mi garganta" ...! —dice. Y tal como lo previó, sucedió. Maiaovski se quitó la vida pocos años después.

—Nada hay tan odioso al espíritu del verdadero poeta —dice Paul Claudel— que esa tendencia a darle a la creación un carácter provisorio y precario y que invita a preferir lo que no es, sobre lo que es.

Puede creerse que la poesía no hace falta en el Paraíso, de alta calidad científica que se va a crear. Créase así! Pero lo cierto es que al matarse la añoranza —que es una de las esencias más hondas de la poesía— se hace prosa y fastidio incluso el Paraíso buscado. Marx sale del Génesis en un impulso verdaderamente hermoso, pero "su tierra prometida" ¿qué es? —¡Tierra! ¡Polvo que se deshace!

Vuelvo a decir: Puede creerse que la poesía no hace falta. Pero preguntémonos. ¿Cuál es la felicidad que nos ofrece el Comunismo con la cual vamos a sustituir los anhelos de Paraíso?..

—Se podrá viajar a la luna, la producción de carne y de trigo permitirá llenar la mayoría de los estómagos, nadie carecerá de lo más importante, habrá tiempo y dinero suficiente para que el Estado eduque a cada uno lo mejor posible y para proporcionarle los productos culturales y las diversiones colectivas que apetezca... y con un poco de buena fe se podrá esperar que cada uno disfrute de casa, pan, cine, televisor, hielera, etcétera. "Da sin embargo la sensación —dice Rahner— de que todo esto tiene un extraño parecido con lo que también hoy día es posible e incluso corriente y que, por tanto, el "nuevo hombre" futuro se asemejará terriblemente al viejo...

¿Será entonces ésta la medida de todo lo que el hombre sueña y espera y añora desde hace miles de años? Nada más?

El Cristianismo sabe que ese pobre "paraíso en la tierra" hay que procurarlo. Pero lo deja atrás. Lo supera en esperanza y en poesía. Hay todavía algo mejor atrás y algo mejor, mil veces mejor, adelante...!

La maravilla del mundo de la infancia es que el ojo del niño ve el mundo casi sin tiempo. El lente del tiempo no empaña, ni tuerce, ni distorsiona, en la visión del niño, la gracia y la armonía de la creación. (El tiempo es el adversario de la poesía!) (El tiempo es muerte). Y esa visión infantil —que nos acerca por un momento de nuestra vida al borde del Paraíso— no es más que una prefiguración de lo que el ojo verá en la otra vida sin tiempo.

No el jardín salido de la mano del hombre.
Sino el Paraíso salido de la mano de Dios.

PABLO ANTONIO CUADRA.